NO 1. JULIO DE 1936 N.º 1.

Edición de la Universidad de Chile Contenido:

sech

Dos cartas inéditas de Lastarria a don Ambrosio Montt.

Manuel Rojas, José Martí y el espíritu revolucionario en los pueblos.

nrique Espinoza, La actualidad de

nrique Heine, Lo que pasa en Francia.

rnesto Montenegro, Ensayo sobre el Ensayo.

liguel de Montaigne, Prefacio de los Ensayos — Del arte de conversar.

ohn Strachey, Literatura y Capitalismo.

Anuario Espinosa, Informe sobre el Premio Literario de la Municipalidad de Santiago, 1935.

na conversación con Luis Franco.

os escritores y la prensa.

osny, el creador y el trabajador octo-

ibliografía.

PEVI/TA DE 1 /OCIEDAD DE 1 CRITORE/DE (HI

## La actualidad de Heine

## POR Enrique Espinoza

De todos los grandes poetas revolucionarios del siglo XIX—desde Shelley a Rimbaud—Heine es el único que ha alcanzado a dar expresión definitiva a su mensaje social, antes de malograrse a su vez, en el *Matrassengerub*,—su tumba de colchón. De ahí que sea hoy el escritor europeo más presente en nuestra época y el más amado en todas partes, menos en su país natal. Amado, no sólo por muchos de sus mejores versos, a los que en conjunto, él mismo, no daba mayor importancia, a pesar del éxito sin precedentes del *Buch der Lieder*, sino, y en primer término, como tanto confiaba, a causa de su denodado combate de toda la vida en favor de la emancipación del género humano.

Recuérdese a este propósito, sus propias palabras en el segundo

tomo de sus juveniles Cuadros de Viaje:

«No sé en verdad si merezco que se adorne mi féretro con una corona de laurel. La poesía, aunque la adoro con toda mi alma, fué siempre para mí un juguete sagrado, un medio divino para fines celestes. Nunca le dí gran valor a la fama poética, y poco me importa que se aplaudan o censuren mis versos. Lo que debéis poner en mi féretro es una espada: que siempre he sido un valiente soldado en la guerra libertadora de la humanidad.»

Muchos testimonios semejantes se pueden hallar a lo largo de toda su obra en prosa y en verso. Porque si es cierto que Heine no fué nunca un hombre de partido, supo tomar siempre partido en el sen-

tido histórico y anunciar al pueblo su hora.

Por eso cuando los hombres, después de la gran guerra, perdieron hasta la última ilusión de libertad civil, como si el mundo entero se hubiese contagiado con el virus militar prusiano, vencido, sin embargo, en nombre del espíritu, del derecho y de la democracia, los escritores de uno y otro lado de las trincheras, que no se habían hecho a ningún dogma de obediencia, coincidieron en la exaltación del poeta que primero vió el aspecto revolucionario de la filosofía alemana y tuvo el valor de llegar hasta sus últimas consecuencias, afirmando, mientras Marx se sentaba aun en los bancos de la escuela: «los proletarios en su lucha contra el orden existente poseen como caudillos a los espíritus más avanzados, a los grandes filósofos».

Durante la misma hecatombe europea, un soldado del frente alemán, llamado Hermann Wendel, se las arregló para escribir mientras combatía contra los ejércitos aliados, el primer libro sobre Heine que encara el estudio del poeta en su raíz, es decir, como lo que era:

un hijo de la Revolución.

El Estado Mayor del Reich autorizó la publicación del libro quizá sin leerlo, en la creencia de que sólo se trataba de una biografía más del famoso poeta, pues Wendel le había puesto por título simplemente Heinrich Heine.

Hasta entonces sólo algunos críticos internacionales, como Mathew Arnold, Georg Brandes y Franz Mehring habían atisbado este aspecto particular—perdóneseme la paradoja—de la personalidad de Heine; pero es a Hermann Wendel, el actual biógrafo de Dantón, a quien

corresponde su análisis total.

Después del libro de Wendel han aparecido dentro y fuera de Alemania numerosos ensayos de distinta naturaleza sobre Heine. Basta recordar en uno y otro extremo de la escala, el monumental estudio de Max Brod y el abominable elogio de Camille Mauclair. Desgraciadamente, este último es el único libro sobre Heine que existe en castellano, fuera del pequeño devocionario de Alberto Gerchunoff.

Hace un par de años, la Nouvelle Revue Française, publicó un libro firmado por Mme. Antonina Vallentin que resume cuanto se ha escrito sobre el poeta con admirable método de mujer, en un zurcido perfecto, que no deja fuera ninguna hebra del extraordinario espíritu

de Heine.

A través de esta biografía que también lleva por título sólo el nombre del poeta, pero en francés (resulta inútil por cierto, colgar cualquier cola retórica a quien se impone con su mera presencia nominal), puede el lector menos avisado formarse una idea más o menos exacta de la significación social de Heine como poeta y comprender, sin esfuerzo, por qué los enemigos de la libertad y de la cultura repudian hoy con tanta saña al gran escritor del Rhin que hizo más que ningún político por la inteligencia de Francia con Alemania.

Bajo el gobierno brutal de Hitler el nombre de Heine es ahora tabú para los dirigentes nacis; pero en la imposibilidad de borrar de la memoria del pueblo una de sus felices canciones populares, se la ha declarado de autor desconocido, rindiéndole con ello, sin quererlo, el máximo de los homenajes, pues se viene a dejar en el verdadero anó-

nimo a todas las otras versiones: arias y puras...

Pero es en Rusia, Francia y España donde la memoria de Heine vive libremente, como siempre, en el destierro. Durante las sesiones del Primer Congreso Internacional de escritores soviéticos, su retrato colgaba entre los de Cervantes y Shakespeare. En este Congreso la delegación de poetas armenios anunció que se estaba levantando por su iniciativa una estatua a Heine en la capital de su país, como un desafío a la que los bárbaros destruyeron en Hamburgo.

Por su parte, un ex-obrero metalúrgico que es ahora uno de los mejores críticos rusos de literatura, Franz Schiller, leyó un extenso

estudio sobre las relaciones de Heine y Marx en París.

En el cementerio de Montmartre la tumba del poeta no ha dejado en verdad, de ser cubierta de flores un solo día por sus admiradores franceses y últimamente por los desterrados alemanes, como yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo el año pasado.

En un reciente álbum editado por el Comité Thaelmann de París,

el novelista André Malraux firma con el sabio Paul Langevin un extraordinario prólogo que recuerda las mejores páginas de *El Tiempo del Desprecio*. A este prólogo, verdaderamente magistral, pertenecen las siguientes palabras alusivas a unos famosos versos de *Germania*, cuento de invierno:

«Le grand Henri Heine, déjà chassé de son pays par la réaction et dont on vient de commémorer le 80.º anniversaire de la mort, stigmatise, dans un de ses magnifiques poèmes, les valets des tyrans qui fouillent avec méfiance ses bagages et ses manuscrits, mais qui ne peuvent connâitre et détruire sa pensée.

»Les nationaux-socialistes peuvent eux aussi perquisitionner, emprisonner ou martyriser: ils ne pourront détruire la pensée audacieuse qui entrevoit une ére nouvelle et la volonté qui la soutient pour

la réaliser.»

También André Gide desde Saint-Louis du Sénégal, acaba de rendir en un Billet à Angèle que publica Vendredi un sentido homenaje de admiración al poeta, digno de ser meditado como todo lo del

gran escritor francés.

En cuanto a España, la Revista de Occidente ha iniciado hace pocos meses con una obra de Heine, Lo que pasa en Francia, una nueva colección de libros del siglo XIX. Se trata de una serie de artículos y boletines cotidianos que el poeta escribió para la Gaceta General de Ausburgo en los años 1831-1832, y que en su tiempo fueron reunidos en volumen bajo el título original de Franzöisische Zustände.

Asimismo la Colección Universal de Calpe tiene en prensa los tres volúmenes De la Alemania que ya no tardarán en aparecer. Lástima que entre nosotros donde tantas malas biografías novelescas se han publicado, no se anuncie siquiera el magnífico libro de Heine sobre Boerne; libro fundamental para el conocimiento íntimo del poeta en todas sus fases y que según Marx, «había recibido en su época de los germano-cristianos un trato tan necio que no tiene precedentes en ninguna otra época de la literatura alemana, con abundar en todas

aquella fauna.»

Por nuestra parte, mientras podamos poner término a un prolijo estudio sobre la significación actual de Heine y a una selección de sus mejores páginas, creemos cumplir con la memoria del poeta, aconsejando con motivo del octogésimo aniversario de su muerte la lectura de cualquiera de sus libros y especialmente el ya mencionado: Lo que pasa en Francia. Estos artículos que tienen ya más de cien años parecen escritos a la víspera para cualquier revista libre de hoy. Véase atentamente, por vía de ejemplo, la introducción, no más, del artículo sexto. ¿No parece Heine enunciar con su estilo inconfundible esa dinámica de la historia que Trotsky—su gran admirador, por cierto—llama en nuestros días: «la revolución permanente»?